

**El rival de Josellito.**

Si Rafael es la gracia, la serenidad y la armonía, Joselito es la juventud.

Aquiles ó Sigfredo, su juventud lo anhela todo y se atreve á todo. ¿Hay un dragón temeroso que vencer? Pues él se acercará decidido á la cueva de Fafner, Turco, 7, y sin que le asusten rugidos ni fuegos japoneses, gritará resuelto al portero:

—¡Eh, amigo! Écheme usted "pa" acá todos los gatos y los veintitrés cocodrilos de *Don Modesto*, que me los voy á comer de una sentada.

Y ya le pueden desafiar guapos, que Aquiles se dará el gusto de ver cómo Hector, después de los alardes y alharacas de sus amigos, rehuye prudentemente el combate singular á que en

su nombre y sin contar con él retaron, imprudentes, al invencible sus defensores, y se refugia tras los muros de Troya al agradable abrigo de Andrómaca, gritando sabiamente:

—¡Pa los primos!

Mas aunque Belmonte huyó discretamente el encuentro con Joselito, no por esto le faltaron al chiquillo de la "Alamea" enemigos de cuidado con quien pelear y á quien vencer, en la temporada que acaba de finir. Las trompetas constipadas de Jericó nos habian estado "jerizando" tanto durante el invierno que, á cambio de no poder derribar nada porque hogaño se construye con más solidez, metieron en los oídos del vecindario y clavaron en ellos el sonsonete antigallista del toreo de Joselito: "que no se arimaba, que no exponía, y casi, casi que no toreaba", y pusieron en guardia contra José á una gran parte de la afición.

Fantasías. Nada hay más dado á ellas que el hambre, y los antigallistas, por empeñarse en comer lo que les estaba prohibido, vivían en cuaresma perpetua.

Ayuno con abstinencia de carne de *Gallo*.

Cuando se tropieza con un temperamento como el de Joselito, los obstáculos, antes de amilanarle, le envalentonan ¡Son diez y nueve años "jirviendo", señor!

El enano de la venta belmontina y la actitud de reserva en que con él se colocó el público, hasta que tuvo que entregarse por completo la tarde de los Aleas, fueron agudo acicate que le incitó á la lucha.

Para *Gallito*, desposado desde muy niño con la gloria, acostumbrado á oír siempre la música grata que subraya el triunfo, el aplauso es una necesidad imperiosa. Privadle del cortejo amable, victorioso y divino de la gloria, y lo sentirá menos que si le castigáis á no oír los aplausos, porque si le quitáis las palmas, las orejas y los olés, le habréis herido en lo más hondo del corazón.

Los que hablan de la necesidad que tiene Joselito de un rival para apretarse, no le conocen. No le hace falta nadie; tiene bastante con su amor propio, ese amor propio que le arrancó lágrimas una tarde florida de Mayo porque no le aplaudieron como él creía merecer, la gran faena que acababa de ejecutar.

—Ya te han aplaudido los buenos, los aficionados imparciales.

—Es que yo quiero que me aplaudan todos—contestaba rabiosete.

Y todos, todos, todos tuvieron al fin que aplaudirle y rendirse.

Porque, aparte sus demás sorprendentes

cualidades, Joselito tiene un arma poderosa con la cual vencerá siempre, con rivales ó sin ellos: su afición.

Para los *Gallos*, el toreo es una cosa de necesidad y gusto. Cuando están delante del toro, se olvidan de cuanto hay alrededor y torear para ellos solos; por gusto de torear; por afición, vamos.

Concluyéndose la primera corrida de la feria cordobesa de este año, me decía *Guerrita*:

—¿Ve usted? Una corrida de mansos, mansos, mansos, que en otras manos nos hubiesen aburrido, y nos estamos divirtiendo. Y es que estos muchachos tienen mucha afición y saben torear.

He ahí una acertada definición de Joselito. Un torero que tiene mucha afición y que sabe torear.

El torero más largo y más completo que se ha conocido.

Yo no quiero establecer comparaciones, porque he sido fiel de cierta iglesia taurina; pero sin entrar en ellas digo que torero que sepa y haga á los diez y nueve años lo que Joselito, que conozca todos, todos, todos los secretos del toreo y que sea poseedor de una cantidad incalculable de ellos que ni aun llegaron á sospe-

char otros grandes toreros, eso ni lo ha habido hasta él ni volverá á haberlo.

Porque no está el *quid* en estar toreado desde niño. ¿Cuántos toreros no han empezado así su carrera? Pero, ¿cuántos y cuándo han tenido el dominio, nada más que el dominio de Joselito? Algunos han llegado á ser grandes toreros, véase *Guerrita*; pero salir por primera vez á la plaza siéndolo ya, presentarse luego en Madrid ante un público tan entendido y, en las ocasiones, tan sereno é imparcial, diga lo que quiera el belmontismo que ahora la da con el espejo en vez de arrojar la cara, y asombrar á los diez y siete años, aún más que con la perfección y seguridad de su toreo, con la profundidad de su saber, eso no se había visto jamás hasta José Gómez Ortega, llamado el *Gallito*. "*Gallito*: el que sobresale de los demás."

Yo no sé ni puedo explicarme cómo ven los toros algunos aficionados, que se han atrevido á negar la evidencia palpada por todos.

Joselito torea bien de capa; Joselito es de una variedad inconcebible en los quites, y tiene varios de su invención; Joselito torea por largas; Joselito banderillea "como no ha banderilleado nadie," según el testimonio irrecusable de *Guerrita*, en todos los terrenos y en todos los estilos, con una elegancia, una finura y un

arte de que sólo viéndolo se puede formar idea. No parece que clava las banderillas, sino que en un nuevo, vistoso y arriesgado juego de prestidigitación las extrae del toro. Joselito torea asimismo de muleta magistralmente, al natural con el más puro clasicismo, y de adorno con esa alegría elegante, con esa distinción exquisita del toreo aristocrático noble y elevado de los *Gallos*; se arrima tanto si no más que el que más se arrime, para dejar por fantasiosos á los que le inventaron lo de que no exponía; mata pronto, si no clásicamente, hábilmente y rápidamente. (Ningún gran torero ha sido gran matador.)

Y además no hay para él toros difíciles, agrestes ni incomodados. Ninguno se le resiste. Á todos los domina prontamente y con todos acaba en seguida. Cuando la gente iba el 3 DE JULIO camino de la plaza, pedía que aquella tarde le saliesen á Joselito un par de toros difíciles, porque gusta de ver con qué angel, con qué seguridad, con qué habilidad tan grande, con qué discurso se apodera de ellos.

*Bombita*, que tenía la especialidad de dominar á los toros mansos, después de las palmas á su valentía y habilidad solía oír los pitos correspondientes á su pesadez, porque le duraban mucho. ¡Como no camelaba de matar!... Con

Joselito no es así. En cuanto se ha apoderado de ellos, inmediatamente, sin perder segundo se los traspasa al carnicero.

Este año en la feria retanesca de San Isidro, dieron en salirle mansos "agrestes, desapacibles y mal atendidos" por los toriles. Uno de ellos, un toro difícilísimo de Aleas, sirvió para dar la batalla definitiva al antigallismo. Como el público ya conocía la habilidad del muchacho, cuando se le vió marchar para el toro se oyó en la plaza una exclamación unánime:

—¡Ya veréis lo que le dura!—nos dijimos unos á otros, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo los aficionados.

Todo el mundo sacó el reloj para medir el tiempo y cuando aquel toro avisado, cobarde, avieso, latinista y civilista cuadró, dominado y humilde, después de una inenarrable faena de torero sapientísimo ejecutada como todas las de José solo con el torito, y rodó al golpe certero del estoque colérico del niño, atronó la plaza una exclamación de asombro:

—¡Un minuto y veinte segundos!—se decía la gente enseñándose los relojes.

¿No es así como se vence á los rivales?

Con el toro, únicamente con el toro. Con el bravo por bravo y con el difícil por incomodado... ¿De quién fué la desdichada idea de

poner con este Hércules á un pobre muchacho, á quien, pese á su corazón valeroso, para vencer gigantes le faltan la destreza, el ingenio, la honda y el nombre de David?

Una tarde en un toro podrá armar Belmonte un escándalo; pero, ¿y después, y en los demás? ¿Qué va á hacer el músico que sólo sabe una tocata al lado del que domina á la perfección todos los instrumentos y todo el programa del concierto: la tocata del otro músico y todas las sinfonías, los poemas, los lieder, los caprichos, las fantasías, las sonatas y las óperas que se han escrito desde Orfeo al divino Bach y del exquisito Mozart á Beethoven padre?

Por eso, cuando, con las intenciones que son de suponer, los antigallistas le chillaban este año á José que torea así ó del otro modo, *Gallito* asentía con la cabeza y daba gusto al interruptor.

—¡Con la izquierda, niño!—le gritaron una tarde en el 2 viéndole ir con la muleta en la diestra á torear á un toro que estaba cerrado.

—Con la izquierda va á ser—contestó el nene. Y dibujó aquellos tres pases naturales que están allí esperando quien los mejore.

En vano sus adversarios exprimieron los respectivos limones cerebrales para convencer á la gente de que el torero estaba lleno de defectos.

—Domina mucho, es verdad—decían—pero no expone nada.

—¿Y cómo se puede dominar sin arrimarse y arrimarse sin exponer? Además, ¿nos van á contar lo que nosotros estamos viendo? Vamos, hombre; ¡ni que nos lo dijeren por telégrafol...

—¡Fue! ¡fue!—se levantaron á chillarle unos conocidos belmontistas cierta tarde que se disponía á banderillar.—¡Eso es tirarle una ventaja á Belmonte porque el pobre no sabe de eso! ¡Fue! ¡fue! ¡Ventajas, no!

—Sí, señor. Ventajas, no. Y eso es una ventaja. Y otra la de tener un repertorio tan vasto en los quites y oportunidad y colocación, porque Belmonte está también pez en eso. Y más ventaja la de torear y poder con los toros difíciles, en lo que Belmonte está todavía más piscis; y sigue la de torear solo á todos los toros, cuando *Terremoto* necesita la *compaña* de toda la cuadrilla; *e ainda mais*, lo de saber tanto de estas cosas ignorándolo el otro todo, y... ¡Á ver, Joselito, suicídate ahora mismo para que se calmen estos señores!

Ó como le gritaba el gran Gabriel de Benito el día de los siete toros:

—¡Por lo que más quieras, Joselito, haz el favor de quedar mal en uno, que hay por ahí mucha ictericial!

Pues, ¿y la de anónimos amenazadores que él y su hermano Rafael recibieron durante la última feria de Sevilla para que no quedasen bien? Por cierto que el pobre Rafael, como es así, se afectó tanto que fué é hizo la mejor faena de la feria y por contera dió una de las más estupendas estocadas que se han dado en Sevilla.

De miedo que le había entrado.

Los de Joselito eran de otra índole. Casi todos los ochenta y cuatro que recibió una sola mañana iban contra la ventaja de las banderillas. Si todos los que le escribieron llegan á cumplir sus amenazas, el uno que se lleva "el gañote pa con tomate", el otro que el liviano, el de más allá que el corazón y aquél que las orejas; no queda de Joselito para que se lo meriende esa gran tragona de la madre tierra, ni los lazos de las zapatillas.

¿Ven ustedes cómo no era belmontismo, sino antigallismo? La cuestión no estaba en que aplaudiesen al otro, sino en que no los aplaudiesen á ellos. Ó por lo menos que les aplaudieran poco, ya que quedarse absolutamente sin palmas no podía ser ni *pa* el gato, desde el fallecimiento de la *ménagerie* de *Don Modesto*.

¡Y hubo que ver los pares que aquella tarde puso Joselito!

—¡Mardita sea!—decía al salir uno de los escribientes de por la mañana.—¡Mira tú que si nos llega á hacer caso y nos quedamos sin ver esto!... Mañana en cuanto amanezca voy á buscar un maestro de escritura para que se me olvide la poquito que recuerdo.

Así, no poco á poco como su hermano, que luchó en condiciones más difíciles, puesto que el público no estaba tan enterado y al tanto de los manejos de bastidores como ahora, y tenía una fe en la letra de molde que ella misma le ha hecho perder, equivocándole tantas veces.—"Señor Juez: No se culpe á nadie de mi muerte. Me mato yo solita, Inocencia Plana y Rotativa,"—sino á toda marcha y en cuatro días, venció Joselito Maravilla, José I, el Sabio, José el único, á sus rivales y contradictores.

Los otros dando voces, y él con el toro.

Y la temporada, que empezó en desatado furor belmontista, concluye, solicitando las empresas de José que vaya á torear él solo seis toritos. (Para más detalles, dirijanse á su apoderado.)

Las vueltas que da el mundo.

Es, señores míos, que ni los hombres, ni los toreros, pueden inventarse. No basta con decir: "te voy á sacar un rival", es necesario encontrarlo. Y eso es muy difícil.

Porque para Joselito no puede haber más competidor que uno, en la forma y del modo que la afición quiere estas cosas; esto es, un torero que mantenga enhiesta la bandera, sin que nunca pueda obligársele á arriarla. Y ese rival no puede ser más que el matador; un torero que toree poco, nada más que lo preciso, pero que á la hora difícil mate con bueno y clásico estilo. Como *Frasuelo*, ya que no sea posible como *Mazzantini*, ó como el *Algabeño* ó *Machaquito*, para citar sólo á los que están en la reserva; porque en la afición, centro de todos los disparates y asilo de todas las paradojas, para que una comparación pueda sostenerse ha de ser de términos antitéticos, cuanto más antitéticos mejor, para que no haya nunca ni la más remota posibilidad de llegar á un acuerdo.

Pero, ¡caballeros!, echar á pelear á Belmonte con Joselito, es lo mismo que comparar una comedia de Eguluz con *La noche del sábado*.

Por lo demás, en secreto, acá para *inter nos* y no se lo cuenten ustedes á nadie: En cuanto aparezca el tío de la estocada, tampoco va á poder con Joselito, porque ya verán sus señorías entonces al paisano de *Desperdicios* ir bajando poquito á poco la mano del estoque hasta colocarla en su sitio, doblar la cinturita sobre el

pitón, mojarse los deditos en el morrillo, y salir limpiamente por los costillares.

Es mucho niño éste, palabra de honor.

¡Señor, si no tiene más que diez y nueve años, y está aprendiendo todavía!

IV

**«Tó seguío, tó seguío».**

Sin actitudes violentas, sin quejarse, sin contradecir, sin desplantes, zalemas, cortesías ni sonrisas, dignamente, peleando en lo suyo y con lo suyo á la vista de todo el mundo, con luz y taquígrafos, los *Gallos* llegaron á imponerse.

Y hubo un día en que *Don Modesto*, DON MODESTO, convencido del todo y reconociéndolo noblemente, afirmó que Joselito es el amo del toreo, y otra vez estampó al frente de una crónica en que glorificaba al *Gallo* un rotundo y expresivo ¡KIKIRIKI!, uno de aquellos ¡KIKIRIKIS! con que yo rotulé tantas veces mis pobres revistas, cuando estaba solo con mi tema, y que ahora, al verlo escrito por la mano que tantas



veces se había complacido en negar la luz, no pude leerlo sin cierta explicable emoción.

¡Al fin! ¡Hasta éste!

La impresión que produjo en el gallismo no es para contada.

En cuanto llegó este número de *El Liberal* á Córdoba, donde á la sazón se encontraba Rafael toreando las corridas de feria, fueron á despertar al torero unos amigos de Sevilla, que sin consideración á la hora temprana, irrumpieron por la habitación agitando triunfadores el periódico y gritando:

—¡Mira, Rafaé! ¡*Don Modesto!* ¡Ya dise ¡KIKIRIKI! ¡Ya jincó er picol... ¡Viva *Don Modesto!*...

Con lo que usted les había hecho rabiarse en tantos años, ya era significativo el viva.

Rafael telefeneó luego reconocido á la nobleza de su contradictor de tanto tiempo.

“Madrid.

*Don Modesto.*

*El Liberal.*

Muchas gracias por su preciosa y cariñosa revista. Escribe usted mejor que toreaba *Lagartijo*. Amigo, cuando se le alborotan á usted los gatos de la tripita no hay costillas que

aguanten, pero cuando alaba usted, es una bendición de Dios. Muchas gracias.

RAFAEL GÓMEZ Gallo”.

De los desdenes, las risas, las burlas, las negaciones y los saetazos de antes á este ¡KIKIRIKI!, caballeresco reconocimiento de un mérito y un valor, que sólo la ofuscación podía negar; ¡qué largo, qué difícil camino!

Porque *Don Modesto*, ya habrá entendido el lector, que no era sólo el periodista, sino el partido que tenía detrás y á quien servía de leader y, lo que le hacía más considerable, la enorme masa de gente sobre la cual la amena prosa y el arte periodístico del revistero de *El Liberal* ejercían decisiva influencia, haciéndola pensar y sentir como á él se le antojaba.

Algunas veces durante esta pelea, un amigo officioso cualquiera le daba un consejo al torero, una panacea infalible para que fácil y rápidamente cesara la enemiga que contra el *Gallo* mostraba la letra de molde y la parte impresionable de la afición que se dejaba guiar por ella.

—Todo esto es porque no te conocen, Rafael—le decían.—Tú debías hacer lo que otros; ser menos retraído y buscarte amistades. Un torero sin amigos está perdido...

—Dejarse ustedes de cuentos—respondía él con el mejor sentido—. El que tiene que arreglar esto es el toro. Si yo estoy bien con el toro, como no haya mala fe, tendrán que reconocerlo. Tardarán más ó menos, pero la verdad no la van á negar.

Así, dignamente, firme, sereno, respetuoso, callado, sin un gesto de soberbia, pero también sin un movimiento de bajeza ó humillación, hizo el artista su camino, seguro de su triunfo, con la frente levantada y el corazón resuelto.

—¿Has visto lo que dice *Don Modesto* á tu hermano?—le preguntaron luego á Joselito.

—También me lo tiene que decir á mí. Ese tiene que ser de mi partido, gallista del todo.

Tiene ó tuvo la gente, sobre todo en los tiempos en que los toreros eran más personajes de leyenda que ahora, por ser menos conocidos íntimamente, un concepto romancesco del toreo al que se acomoda el modo de ser de los *Gallos*. ¿El torero, á qué sale á la plaza? ¿A que le aplaudan? Pues á él le tienen que aplaudir.

¿Qué artista, y mucho menos cuanto más alta sea su categoría, piensa al trabajar en el dinero que le ha de valer el cuadro, los versos, la novela ó la escena?

Y si así le ocurre al cómico, al pintor y al poeta, ¿qué no será al torero, profesional de un

oficio de vanidad, de ostentación, de "postinería"?

Porque un hombre sólo se pone fríamente delante de la muerte y se juega la vida cien veces por minuto en una larga, inacabable tarde, por dos cosas: ó por una sonrisa de mujer, ó por el beso de la gloria que suena con la música celestial del aplauso.

Para Joselito desde su primer día de torero, desde antes no hubo otra aspiración, más ilusión ni sueño, que ceñir á su frente los laureles del triunfador. Ser el torero de todos, hacerse aplaudir por todos.

Los que le combatían creyendo que iban á acobardarle, á achicarle con sus censuras, no hicieron más que espolearle. Cuanto más lo negaban, él más se crecía.

—No se arrima—afirmaban.

Y José se metía en la cuna; se agarraba á los cuernos y se echaba á dormir.

—Que me despierten mañana á las ocho.

—No expone—añadían.

Y Joselito toreaba tan cerca, se metía tanto en el terreno del toro y jugaba con él con tan soberano desprecio de la vida, que algunas veces los espectadores, como ocurrió durante la lidia del quinto toro de la corrida grande, le advertían desde el tendido que no se confiase

de tal modo, porque se exponía á un disgusto.

Dió Belmonte un pase cogido á un cuerno, y se alborotaron las prensas bombistas y se volvió loco hasta el escultor de *Don Juan Tenorio*. "Aquello, aquello era toreo valiente y de emoción." "¡Á ver, vengan guapos!"

Y á los pocos días Joselito daba tres y cuatro pases de ese modo, y hasta lo hacía de rodillas.

Al revés que Belmonte, para quien todo fueron rosas al comenzar el año, á Joselito presentábasele la temporada que acababa de terminar en unas condiciones y con un ambiente de hostilidad capaz de amilanar á cualquier hombre maduro que no tuviese la seguridad que de su poder y su torería tiene este chiquillo.

Todo lo que era en el otro simpatías, arte y valor, era en éste antipatía, marrullerías y ventajas.

Poco menos que retrogradamos á los tiempos en que era un pecado mortal hablar bien del *Gallo*. Hasta muchos que creían en Joselito, sintieron vacilar su fe, ante la seguridad con que de contrario se hacían todas las afirmaciones.

—¡Carambal cuando lo dice una gente que se llama tan entendida, jugándose el crédito, así debe de ser.

Estábamos todos con el corazoncito en un puño... *Cataclismo* por arriba, *Terremoto* por

abajo, el *Caimán* del Nilo, el *Chato* de Cartagena... Hasta que se presentó en la taberna el chico de la imprenta, y ríase usted de los automóviles del circuito del Guadarrama.

—¡Gafas y lentes baratos! ¡Para los miopes, para los présbitas y para los canónigos!

De primeras no hizo Joselito más que llevarse una orejita, la segunda en Madrid, por sufragio universal, y "por la faena más completa y meritoria, según el irrecusable testimonio de *Dulzuras*, que se ha hecho en la plaza de Madrid".

De aperitivo.

Después... Después *Gallito* hizo todo cuanto se puede hacer en el toreo y más, para convencer á los que le negaban de que una cosa es poner cátedra en la tertulia del café y otra dar trigo.

Como el año anterior, por donde iba Joselito iba el escándalo de las ovaciones y las orejas, que unas veces telegrafiábase en todo su detalle y otras traspapelábase alguna orejita en el camino. Algunos las encontraría.

Su primer encuentro con Belmonte, que había de tener lugar en Valencia á primeros de Marzo, y que era esperado con extraordinaria curiosidad por los aficionados que todavía no habían visto claro, y con enorme impaciencia

por los gallistas, seguros del resultado, no pudo celebrarse porque Belmonte estaba cansadito de la travesía de Méjico... y tampoco se verificó después porque *Cataclismo*, con mejor sentido que los que sin contar con él le habían metido en tales berenjenales, rehuýó toda ocasión de encerrarse mano á mano con el torero que llamaban sus amigos *de las ventajas*.

Pero Joselito, que, como dicen en Galicia, "férvelle á sangre", no quiso separar el puchero del fuego, y le dejó que hirviese, aunque le faltaba el contrincante, para que no le cupiera á nadie duda de lo poco que le habría durado á este Hércules el De Riaz de Triana en cuanto se le hubiese puesto á mano para hacerle la primera corbata.

Que, riase usted de los famosos lacitos de Don Melquiades.

Todas las tardes y en todos los toros se le vió torerísimo hasta decir no es posible más; pero con ser esta la nota más brillante del nene, quedó oscurecida por la de la valentía que dió en todos los concertantes, en las arias, en los dúos y hasta en los *bocadillos*.

No diré que con el ímpetu de un huracán ó de un ciclón, porque desde las aplicaciones que de ellos se hicieron durante el invierno y á principios de temporada están muy desacreditados

tauromáquicamente los fenómenos meteorológicos, pero sí con una fuerza irresistible *Gallito* arrolló cuanto se le puso por delante.

El convencimiento de su superioridad fué tal, y el gusto con que el público le veía tan grande, que varias veces, durante sus estupendas faenas, sonaron en la plaza de Madrid voces que le gritaban:

—¡José, mata seis tú solo!

El Walhalla con tanto trabajo levantado, se había venido al suelo antes de que llegasen á habitarlo los falsos dioses. Los gibichungos estaban completamente gibichungados.

\*\*\*

José tenía contratadas ciento cinco corridas —y las empresas buscándole con recomendaciones—, y Rafael setenta y siete, cuando ambos fueron á torear las ferias de Granada y Algeciras.

Y en esta última ciudad un toro manso de Moreno Santamaría atropelló á Rafael, sin hacer caso del capote que le ofrecía, y le infirió una cornada en el pecho que puso en conmoción á todos los aficionados por creerse en los primeros momentos que la herida era, más que grave, desesperada.

Yo no sé, ni es fácil predecir á quien así empieza, las tardes gloriosas que le esperan en su vida torera á Joselito, pero yo digo que, por mucho que sea lo que en ellas haga, nunca podrá superar á su conducta en las tardes angustiosas de la feria algecireña.

Él mismo ha contado el momento trágico de la cogida de su hermano.

—Cuando yo le ví caer y que no se movía, me fuí á él; le levanté, le abrí la camisa que tenía llena de sangre; le ví el pecho *jerío*... Le llevé hacia la enfermería. Rafael iba como perdido. Vinieron todos los toreros *asustáos* á verle; yo le dejé á la puerta de la enfermería y me fuí. Estaba el toro solo...

—¿Tú supusiste que la herida de tu hermano era grave?

—Usted figúrese dónde tenía la *corná*...

Y aunque no se lo hubiese imaginado; por mucho que quisieron disimular, bien claro se lo dijeron los semblantes angustiados, los ojos llorosos de los toreros que salían de la enfermería.

Pero *Gallito*, como un hombre, se sobrepuso á las dolorosas circunstancias y á la angustia del momento y mató sus toros, como mató Fuentes los suyos el día trágico de la muerte del *Espartero*.

Sólo que esta tarde el torero que estaba muriéndose, según la creencia general, no era un extraño, sino el hermano que había hecho las veces de padre concentrando todo su cariño y su orgullo en este muchacho, que era para él no el hermano menor sino el hijo único y que ahora, en vez de llorar y acariciarle, tenía que contenerse y dar la cara sin flaquezas ni desmayos á las dos fieras, la del redondel y la del graderío.

Fué la nota saliente de aquella feria. El niño de diez y nueve años tomaba la alternativa de hombre de corazón esforzado. Mientras su hermano yacía postrado en el lecho, Joselito hacíase aplaudir en la plaza; y una tarde en que se toreaban miuras fué tal lo que hizo Joselito el Grande, que el público, juzgando poco premio para él una oreja, hizo que le diesen las dos de un toro.

En Algeciras se refiere, para ponderar el mérito excepcional de esta faena, que un inglés, cuyo nombre he traspapelado, al ver caer muerto de la estocada al miura que acababa de trastear con tanto arte Joselito, exclamó pesaroso:

—¡Qué lástima! ¡Ha matado al toro! ¡Con el trabajo que le habrá costado enseñarlo!...

De tal modo era inverosímil aquel mandar

y manejar con la muleta, que el espectador gibraltareño no comprendía que se pudiera llevar y traer con tal precisión sino á un animalito amaestrado tras largos y pacientes días de un trabajo de benedictino.

Los *Gallos* pensaban haber toreado en Madrid una corrida el día de San Pedro para dar la alternativa á *Limeño*; pero la cogida de Rafael desbarató este plan. Joselito creyó que viniendo su hermano debía guardarle la consideración de abstenerse él de torear en Madrid.

Entonces comenzóse á agitar la idea ya expuesta, como dicho queda, en la plaza de toros, de que Joselito lidiase una tarde seis él solo en la plaza de Madrid. Hacía ya tiempo que *Gallito* abrigaba el propósito de concluir su año toreado varias corridas de seis toros, una en cada una de las plazas de San Sebastián, Barcelona, Valencia y Madrid; pero al hablársele de torear ahora otra en la Corte resistióse, porque le pareció que acaso podría interpretarse como un movimiento de soberbia.

Por otra parte, algunos amigos, aficionados de estos dados á las cábalas, combinaciones y tirar de líneas, tan ajeno al carácter y modo de ser de estos toreros, aconsejaron á Joselito que se negase. ¿Qué iba ganando con esta corrida? ¿Por muy bien que quedase, aumen-

taría un ápice su crédito? ¿Torear esta corrida sin necesidad, no era exponerse tontamente á un disgusto, si las cosas no se presentaban con aquel buen aire que era de esperar?

¡Ay! ¿Pero y la gloria? Muchas veces, en el largo curso de su carrera, volverá Joselito á repetir la hazaña; pero nunca podrá añadir á sus méritos el de los diez y nueve años con que ahora ha salido á hacer la prueba más difícil á que puede someterse un torero. Así él, según se supo luego, estaba deseoso de dar gusto á los aficionados que le incitaban á ello; pero le contuvo el temor de que pudiera interpretarse como un alarde de vanidad lo que sólo era un exceso de afición.

Pero muchos y muy significados aficionados insistieron con él para que se decidiera á torear esa corrida; en Alicante, donde estaba toreado, recibió numerosos telefonemas excitándole á complacer á la afición. Vino, de allí á dos días, á Madrid. Hubo consultas, dudas, hasta negativas, y al fin, en vista de la insistencia de los aficionados, y tras una conferencia celebrada con Rafael y su gran amigo Joaquín Menchero, el popular *Alfombrista*, quedó acordado que se verificase la solemnidad.

—Pero yo no te doy la contestación definitiva hasta dentro de una hora—dijole Rafael,

que, sin duda, quería poner en antecedentes á su madre, como era natural.

—Oye, telefonéame urgente al Congresillo, que allí estoy esperando la contestación... No tardes.

José estaba ya *jirviendo* por torear la corrida.

El telefonema tardó un ratito en llegar. José no podía estarse quieto.

—¡Este Rafael es más pesao!...

Al fin llegó el papelito.

—Bueno, Julián, ya sabéis ustedes. Manolo, tráeme unos toros de Colmenar. Sobresaliente el *Algeteño*. Precios los de una corrida de abono, ¿eh?

—Ya estábamos en eso.

—Y hay que decirle al público que yo no hago esto por presumir. Á ver cómo lo arregláis.

Al otro día apareció en los sitios de costumbre un cartel anunciando que el 3 DE JULIO de 1914 el espada José Gómez, *Gallito*, estoquearía seis toros de la ganadería de los herederos de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, "fiado, más que en sus méritos, en la benevolencia del público, y á petición de varios aficionados".

Lo mismo, salvo la última parte, que hizo poner *Lagartijo* en el cartel de su alternativa.

## V

3 de Julio.

Nadie dudó del éxito. Desde que José pisó por primera vez la plaza de Madrid, era convencimiento de la mayoría de los aficionados que nada le faltaba por saber al niño, que parecía haber nacido con todo el toreo aprendido.

Cuando se vistió por primera vez de luces en Jerez de la Frontera, mientras los otros muchachos tuvieron las naturales vacilaciones, á él no se le vió dudar un momento. No decía sólo la gente: "¡Lo que torea este niño!" sino "¡Lo que sabe este crío!"

Poco tiempo después de su regreso de Lisboa los niños sevillanos, hicieron su *debut* en Cádiz. Como auxiliador de la cuadrilla actuó el novillero *Aqualimpia*. Cuando salió Jose-